

EVELPIDES.- Según eso, siempre estáis como recién casados.

PISTÉTERO. (Interrumpiendo de repente).- ¡Vamos, vamos... qué preciosa ocurrencia se me vino a la mente para esta raza de aves! ¡Qué fuerza tiene, con tal que me den crédito!

ABUBILLA.- ¿Crédito a qué?

PISTÉTERO.- ¿Crédito a qué? Primero, no volar por dondequiera con ese pico abierto. Eso no es digno de gente decente. Es que acá -- entre nosotros los que andamos por el suelo, si vemos esas fachas de la gente decimos: -- ¿Qué pajarraco es ése? Nos responde Teleas<sup>16</sup>. ¡Hombre pájaro es, sin rumbo fijo al viento, volátil a la aventura, sin pie ni base, que en ningún sitio ni cosa persevera!

ABUBILLA.- Por Dióniso que sí. Bien haces de -- censurar eso. ¿Qué haremos pues?

PISTÉTERO.- Fundad una ciudad.

ABUBILLA.- ¡Nosotros pájaros, qué ciudad podríamos fundar?

PISTÉTERO.- "¿Ves el vano proloquio<sup>17</sup> que ahora

proferiste?" ¡Mira para abajo!

ABUBILLA.- Ya viendo estoy.

PISTÉTERO.- Ve ahora para arriba.

ABUBILLA.- Ya veo.

PISTÉTERO.- Da una vuelta a las cosas con tu pescuezo a un lado y otro.

ABUBILLA.- ¡Por Zeus!, ¿y si me tuerzo el pescuezo?

PISTÉTERO.- ¿Qué viste?

ABUBILLA.- Pues nubes y cielo, ¿qué?

PISTÉTERO.- ¿No es allí, según creo, la estancia de los pájaros?

ABUBILLA.- ¿La estancia, cómo pues?

PISTÉTERO.- Como quien dice el lugar, pero como todo da vuelta y no está en su ser, la llamamos estancia esférica. Hagan que se pueble, que se construyan casas, que en su rededor se pongan murallas y entonces la llamarán estado. Entonces podréis reinar sobre los hombres como si -- fueran langostas y a los dioses... ¡que se mueran de hambre canina!

ABUBILLA.- ¿Cómo?

PISTÉTERO.- Entre ellos y la tierra está el aire. Y así como nosotros cuando vamos a consultar a la pitonisa<sup>18</sup>, a Delfos<sup>19</sup>, tenemos que pagar el pasaje a los de Beocia<sup>20</sup>, así también, si los hombres quieren hacer sacrificios a los dioses, el humo de ellos tendrá que atravesar el aire. Que paguen ellos su contribución al fisco, si no, no hay modo de que el humo pase.

¿Te has dado cuenta?

ABUBILLA.- ¡Bien, muy bien! ¡Por las tierras, por las trampas, por las jaulas, por las redes, que yo nunca había oído un pensamiento tan lleno de sensatez! ¡Claro que fundo la ciudad, con tal que los demás pájaros estén de acuerdo!

PISTÉTERO.- ¿Y quién pudiera darles a conocer el asunto?

ABUBILLA.- Tú. Antes eran sin sentido de las palabras, bárbaros bien hechos, pero desde que yo llegué, los he enseñado a hablar. ¡Ha tanto tiempo que vivo con ellos!

PISTÉTERO.- ¿Y cómo me los juntas en asamblea?

ABUBILLA.- Cosa fácil. Ahora mismo me meto al bosque. Despierto al ruiseñor y ya los estamos llamando. Cuando oigan nuestra voz - - ellos, vendrán acá a todo vuelo.

PISTÉTERO.- ¡Oh tú el más amado de los pájaros, ni un momento demores. Entra luego al bosque y despierta al ruiseñor!

Se va la abubilla,

ABUBILLA. (En el interior del bosque).- ¡Ea, mi compañera amada: cesa ya de dormir! ¡Suelta ya los dulces himnos sagrados de tu dolor! ¡Con boca de un dios lamentas el que tanto amamos tú y yo, nuestro Itis<sup>21</sup> adorado!

Cuando tu cuello sombrío hace brotar sus endechas,<sup>22</sup> subo el ritmo a las alturas entre los hojosos abetos y llega ante el solio<sup>23</sup> mismo de Zeus.

Allí Febo<sup>24</sup>, el aurícomo,<sup>25</sup> responde a tus doloridos lamentos con los ritmos de su lira incrustada de marfil.

Y allí convoca a los dioses y, con voces de inmortales, al cielo sube confundida tu en

decha de amargura para imprecicar a los dioses.  
(Se oye dentro el son de una flauta).

EVELPIDES.- ¡Zeus, Zeus rey...! ¡qué dulce trino de ave! ¡De miel ha saturado la selva toda!

PISTÉTERO.- ¡Epa!

EVELPIDES.- ¿Quién es?

PISTÉTERO.- ¡Calla, por favor!

EVELPIDES.- ¿Callar yo? ¿por qué?

PISTÉTERO.- Oye, que otra vez canta la abubilla.

ABUBILLA.- ¡Pupu, pupu, pu pu pu, pupupu! ¡ihi, ihi, ihi, ihi!

¡Venid, venid aves mfas, mis colegas en el ser, aves venid a cantar! Todos cuantos gustáis la cebada, vosotras parvadas de vuelo sin rumbo, vosotros de cantos dulces y variados, llegad y venid.

Vosotros que en el surco andáis captando el grano que el labriego escondió, y con dulces gorjeos entretenéis el tiempo,

¡Titi, ti, titi, ti, titi!

Los que en el jardín privado andáis saltando sobre las hiedras, o en la montaña captáis las olivas silvestres, y las bayas<sup>26</sup> del madroño<sup>27</sup>, venid, venid.

¡Trio, trio, trio trio!

Los que andáis cazando moscos en los sitios de ciénaga, esos moscos estridentes de incansable trompeta, y los que volteáis en la llanura de Maratón<sup>28</sup>, célebre para siempre. Pájaros de pluma rara, franjoline policromos<sup>29</sup>, aves que emuláis al alción en las cumbres de las olas, cuando está furioso el mar. Venid, venid.

PISTÉTERO.- ¿Has visto algún ave?

EVELPIDES.- Por Apolo, no. Ni una percibo. Y -- eso que tengo abierta la boca mientras al -- cielo miro.

PISTÉTERO.- Perdió su tiempo, creo, esa loca abubilla. Se metió al bosque y comenzó a gritar como si fuera un gorrión... parece que iba a yacer sobre el nido... o que quería hacer llover...

UN PAJARO QUE LLEGA.- ¡Tarati tarati tarati!

PISTÉTERO.- ¡Ves como llega ya un ave!

EVELPIDES.- Por Zeus, sí, es un ave... ¿cuál será? ¡No ha de ser un pavo real!

PISTÉTERO.- Esta la va a decir... ¿qué ave es?

ABUBILLA. (Llegando).- No es un ave de las que estáis mirando siempre: es un ave lacustre.

EVELPIDES.- Vamos, qué bella y con color de púrpura fenicia.<sup>30</sup>

ABUBILLA.- Precisamente y se llama por eso el -- flamante.

EVELPIDES.- Mira... mira, tú.

PISTÉTERO.- ¿Por qué gritas?

EVELPIDES.- ¡Este otro pájaro!

PISTÉTERO.- Por Zeus, sí, es otro, "de los que -- moran en extraña tierra". ¿Quién será este -- adivino de las Musas,<sup>31</sup> rara ave y que a los montes tiende?

ABUBILLA.- Su nombre es Meda.

EVELPIDES.- ¿Meda? ¡Príncipe Heraclés! Meda y no viene traído en un camello.

PISTÉTERO.- Aquí está otra ave guardada con gran-  
cresta.

EVELPIDES.- ¿Qué prodigio es éste? ¡Luego no -- eres la única Abubilla, ya tienes aquí otro -- crestudo!

ABUBILLA.- Este es el hijo de Filoclés<sup>32</sup> y una -- abubilla, y yo soy padre de ésta. Es tanto -- como si dijeras tú: Hipónico<sup>33</sup> el de Calfas -- y Calfas el de Hipónico.

ABUBILLA.- ¿Entonces es Calfas? ¿Es este pájaro? ¡Cómo se le van cayendo las plumas!

PISTÉTERO.- Como es de familia de alcurnia los de -- ladores lo van desplumando y luego las mujer-  
zuelas le acaban de desnudar las alas.

EVELPIDES.- Poseidón, otra ave de intenso color..  
¿cómo se llama ésta?

ABUBILLA.- Es el glotón.

EVELPIDES.- ¡Ah, conque hay otro glotón! ¿No --  
basta Cleónimo?<sup>34</sup>

PISTÉTERO.- ¿Si fuera Cleónimo no hubiera perdido  
ya el copete?

EVELPIDES.- Vamos a ver, ¿para qué es esa cresta  
que las aves traen? ¿Van a correr doblemente  
el estadio?

ABUBILLA.- Son como los de Caria<sup>35</sup> que no dejan las crestas de los montes, amiguito, para estar en seguro.

PISTÉTERO.- Por Poseidón... ¿no ves qué tropel arman estas aves que llegan?

EVELPIDES.- ¡Santo Apolo, qué nube... oh y sus alas no dejan ver ni la entrada!

PISTÉTERO.- Esta es una perdiz.

EVELPIDES.- Por Zeus, éste un faisán.

PISTÉTERO.- Este otro, es una gallareta.

EVELPIDES.- Aquí llega un alción.

PISTÉTERO.- ¿Quién está tras él?

EVELPIDES.- ¿Quién está? Es un barbero.

PISTÉTERO.- ¿Hay un pájaro barbero?

PISTÉTERO.- ¿Esporguilo, o no?

EVELPIDES.- Ahora acá una lechuza.

PISTÉTERO.- ¿Una lechuza dices? Eso sí que es curioso: ¡mandar lechuzas a Atenas!

ABUBILLA.- Llegan la urraca, la tórtola, la golondrina, la alondra, el pardal y la paloma, el

nerto, el buho, el halcón, la torcaz y el cuclillo, el gorrion, el pechirrojo, el gallipavo y el gavilán, el pato zambullidor, el picaflor y el quebrantahuesos, y el dríope.

PISTÉTERO.- ¡Ay, ay qué ejambre de pájaros!

EVELPIDES.- ¡Ya ya, que llegan los mirlos!

PISTÉTERO.- ¡Cómo pían y qué bien corren dando gritos a cual más!

EVELPIDES.- Nos amenazan tal vez.

PISTÉTERO.- Ay, tienen picos abiertos y nos miran a ti y a mí.

EVELPIDES.- Eso mismo me parece.

CORIFE0.- Popopo popopo popopo ... ¿En dónde está el que me llama? ¿En qué tierra habita él?

ABUBILLA.- Mucho tiempo que estoy aquí y no defraudo a mis amigos.

CORIFE0.- Tititi tititi... ¿qué buena palabra puedes comunicarle hoy?

ABUBILLA.- Una palabra de utilidad común, segura, justa, dulce, provechosa. Dos hombres de habil razonamiento han venido a buscarme aquí.

CORIFEO.- ¿Dónde? ¿cómo? ¿qué me dices?

ABUBILLA.- Digo que de entre los hombres han venido dos ancianos. Y ellos traen un gran -- proyecto que proponer a nosotras.

CORIFEO.- Tú que has cometido el máximo crimen -- de mi tiempo, ¿cómo dices?

ABUBILLA.- No te espantes de mis palabras.

CORIFEO.- ¿Qué dijiste?

ABUBILLA.- He recibido a dos hombres que buscan nuestra convivencia.

CORIFEO.- ¿Y tú has perpetrado este hecho?

ABUBILLA.- Y de haberlo hecho me gozo.

CORIFEO.- ¿Y ellos están ya aquí entre nosotros?

ABUBILLA.- Tan cierto como estoy yo.

CORO: ESTROFA.- ¡Ea, ea, nos traicionaron somos -- pobres víctimas!

Un amigo que teníamos y vivía en nues- -- tras praderas, y entre nosotros buscaba los -- medios de su sustento, violó los antiguos pac- -- tos, violó el juramento de las aves.

Me ha metido en una trampa y me entrega -- a mala raza. Esa que desde que existe se ha -- declarado enemiga.

CORIFEO.- En cuanto a ese traidor, ya le ajusta-- remos cuentas. Y por lo que toca a esos dos viejos, que me parece muy bien, hay que ha- -- cerlos trozos con nuestros mismos picos.

PISTÉTERO.- ¡Nos arruinamos!

EVELPIDES.- Eres el culpable único... ¿para qué -- me trajiste acá?

PISTÉTERO.- Para que me acompañaras.

EVELPIDES.- ¡Para que me deshiciera en llanto...!

PISTÉTERO.- Estás soñando... ¿llorar cuando te ha -- yan sacado los ojos?

CORO: ANTISTROFA.- ¡Ea, ea... Adelante, atacad al -- enemigo al frente, dad asalto mortal! Abre las -- alas y dales revuelo. Que se llenen de llanto -- y sean pasto de nuestros picos.

Aquí no hay un monte boscoso, ni nube -- -- -- celestial, ni mar cuajado de espumas que pue-- -- dan libertarlos de mi persecución.

CORIFEO.- Vamos pues, sin tardar; deyoremos sus --

carnes a picotazos, y venga aquí el taxiar-  
ca<sup>36</sup> a mi lado; avancemos por el ala dere-  
cha.

EVELPIDES.- ¡Esta es la hora! ¿A dónde huir, -  
desdichado?

PISTÉTERO.- ¿Este, qué no te quedas?

EVELPIDES.- ¿Para que me hagan tasajo éstas?

PISTÉTERO.- ¿Cómo piensas escapar?

EVELPIDES.- Ni idea tengo.

PISTÉTERO.- Pues bien, yo te digo que hay que -  
quedarse y luchar y tomar estas ollas.

EVELPIDES.- ¿Qué provecho en una olla?

PISTÉTERO.- Desde luego la lechuza no nos ataca-  
ra.

EVELPIDES.- ¿Y para éstos que traen tan filosas -  
garras?

PISTÉTERO.- Toma el asador y pónitelo delante.

EVELPIDES.- Y para mis ojos...

PISTÉTERO.- Tómate un plato, o una ánfora de vina-  
gre.

EVELPIDES.- ¡Qué sabio eres. Todo lo hallas fe-  
liz y eres digno de dirigir un ejército! Cla-  
ro que ganarías a Nicias<sup>37</sup> en sus ardides de  
combate.

Se preparan para la batalla.

CORIFEO.- ¡Lalalá lalalá! ¡Adelante, listo el pi-  
co, nada de quedarse atrás! Rompe, arranca, -  
despelleja, y quiebra antes esa olla.

ABUBILLA.- Dime, la más malvada de las fieras, -  
¿por qué intentas acabar con estos dos que no  
te han hecho mal alguno, y hacer tasajo de -  
ellos, que son allegados de mi mujer y de mi  
mismo linaje?

CORIFEO.- ¿Vamos a tener mayor compasión de éstos  
que de los lobos? ¿Hay otros de quien tengamos  
que tomar venganza mayor, que de estos adver-  
sarios sin tregua?

EVELPIDES.- Tal vez por naturaleza serán nuestros  
enemigos, ahora por su pensamiento son amigos.  
Y han venido hasta acá para enseñar algo útil.

CORIFEO.- ¿Van a aprender o a enseñar algo útil -  
éstos que por siglos han sido enemigos de nues-  
tros antepasados?

ABUBILLA.- Precisamente de los enemigos toman -  
buen consejo los sabios. De ellos aprenden  
mucho. La discreción todo lo salva. Con -  
un amigo nadie aprende a ser cauto, pero un  
enemigo nos obliga a serlo. Son las gran-  
des ciudades, enemigas, no amigas, las que  
enseñaron a edificar altas murallas, y a --  
fabricar grandes naves. Esta enseñanza es  
salvación de niños, casa y bienes.

CORIFEO.- Hay que oír primero su palabra, si --  
tal nos parece ser útil. Bien puede un sa-  
bio aprender algo de sus enemigos.

PISTÉTERO.- Parece que se aplaca su furor. Re-  
trocede poco a poco.

ABUBILLA.- Era justo y tendrán que agradecerme-  
lo.

CORIFEO.- Hay que decir que nunca me opuse a --  
tus intentos.

PISTÉTERO.- Más bien buscan la paz. Deja la --  
olla y con la lanza en ristre digo, el asa-  
dor- vamos a dar una vuelta por la plaza y  
esa olla va a ser el límite del combate, co-  
mo centinela en la orilla.

EVELPIDES.- Pero, si perecemos ¿dónde nos sepul- -  
tarán?

PISTÉTERO.- Nos acogerá el Cerámico<sup>38</sup>. Por cuenta  
de la ciudad seremos sepultados y diremos a - -  
los generales que hemos muerto en Orneas<sup>39</sup> com-  
batiendo enemigos.

CORIFEO.- Todos en línea y en su sitio y aplacad el  
enojo a costa de vuestra ira, como si fuerais -  
hoplitas<sup>40</sup>.

Vamos preguntando ahora quiénes son, de --  
dónde vienen, con qué fin es su venida.

¡Abubilla, ven acá!

ABUBILLA.- ¿Tú me llamas? ¿qué me quieres?

CORIFEO.- ¿Quiénes son? ¿de dónde vienen?

ABUBILLA.- Extranjeros, son de la Hélade<sup>41</sup>.

CORIFEO.- ¿Qué clase de suerte ha sido la que los --  
trae entre aves?

ABUBILLA.- El deseo de tu misma vida y tus modos de  
vivir y el ansia de habitar siempre y vivir en-  
tre vosotras.

COPIFEO.- ¿Qué estás diciendo? ¡Eso intentan!